

LECCION XLII.

De algunos poemas épicos en castellano.

Los eruditos que ponen todo su conato en pesquisar y desenterrar libros olvidados, cuentan cuando ménos un centenar de poemas épicos, fruto del talento español; pero los hombres de gusto, examinando los que han sobrevivido por razon de algunas prendas dignas de aprecio, hallan que se ha dicho acerca de su mérito un centenar de despropósitos. Si creemos á aquellos y á los editores, tenemos un Homero y un Lucano en Ercilla, un Tasso en *El Fernando* del conde de la Roca y en *La Bética* de Juan de la Cueva, un Camoens en Gerónimo Cortereal, autor de *la batalla de Lepanto*, y finalmente, todos los buenos poetas en estos y otros muchos, de cada uno de los cuales se ha dicho que exceden á todos los demas, con la misma ligereza con que de Ercilla dijo Vicente Espinel:

Que en el heroico verso fue el primero
Que honró á su patria, y aun quizá el postrero.

A pesar de estos y otros encomios, que basta insinuar para que se conozca su contradiccion y su arbitrariedad vaga é infundada, es preciso decir que no tenemos todavía un poema en que los españoles hayan desempeñado las leyes de la epopeya, y que todos distan de los clásicos de la antigüedad y de la Jerusalem del Tasso, aun mas que la Transfiguracion de Rafael dista de la cena del Tintoreto. ¿De qué habrá provenido esto? Yo me persuado con el autor del prólogo á *la conquista de la Bética* por Juan de la Cueva, reimpressa por la imprenta real en 1795, que esto dimanó de que ninguno de

nuestros poetas llegó á tener una idea cabal de la epopeya. Esto lo prueban, no solo su mal desempeño, sino la facilidad con que se han arrojado á tomar sobre sí una empresa la mas ardua acaso del entendimiento humano, la ligereza de ensayarse no en un solo poema, sino en dos y aun en tres, como lo hizo Cristobal de Mesa, y la falta de juicio en haber algunos dado á sus obras una extension desproporcionada, midiendo sin duda el precio de su trabajo por el número ó el volúmen. Como estas calidades no suponen valor intrínseco, ántes suelen indicar lo contrario, no es de extrañar que de tantas obras en que sus autores han aspirado al título de poetas épicos, solo llamen la atencion de los amantes de la buena literatura algunas pocas que no deban confundirse con las demas.

No se infiera de aquí que solo haré mencion de estas pocas: trataré de algunas con mayor ó menor extension, para que los lectores no puedan persuadirse de que decido sin conocimiento de causa.

La conquista de la Bética de Cueva, dirémos con el autor citado, que tiene una accion grande é interesante; pero que el poeta hizo al héroe frio, sin actividad ni energía, y lo dibujó con poca ó ninguna fuerza, y que la facilidad cansada con que los cristianos vencen á los moros, priva al poema de los obstáculos que pudieran avivar la curiosidad y sostener el interes: decimos tambien que el poema no tiene caracteres, pues presentan defectos capitales los de Botalhá y Farfirá, en los que procuró esmerarse Cueva: que la diction es generalmente arrastrada y baja, y que si la invencion de la Bética es poco recomendable, el estilo y la versificacion lo son mucho ménos; defecto que por sí solo basta para obscurecerle: porque si todo el que escribe debe escribir bien, y el que escribe para agradar ha

de escribir no solo bien, sino de un modo agradable; el que escribe un largo poema y un poema épico, debe sostener la atención del lector con el auxilio de un estilo singularmente bello y adecuado á la acción principal y á los diversos incidentes ó episodios.

Juzgando de la *Austriada* de Juan Rufo por la recomendación de la ciudad de Córdoba y del reino en cortes á Felipe II; por los encomios de Pedro Lainez, y por los diez años de perpetuo estudio que gastó el autor en componerla y limarla, habríamos de decir que era sobresaliente su mérito en la invención y disposición, y de un estilo dulce, fácil, grave y sustancial ó jugoso en que Lainez aseguró que aventajaba á sus predecesores. Si nos dejaríamos llevar de las ideas de Luzan, decidiríamos que la *Austriada* no es un poema épico, por no ser todo en ella extraordinario, admirable y figurado. Pero Luzan siguió la errada teoría del P. Le Bossu, que quiso fuese la epopeya una alegoría moral y de un asunto fingido; y desvanecido ya el fundamento de esta teoría, es solo de nuestro cargo examinar la *Austriada* en sí misma ó en su desempeño. El autor pronunció sin pensarlo el juicio que debe formarse de su obra, cuando aseguró que „es una curiosidad escrita en verso de materias difusas, en que intervinieron diversas maneras de personas, tiempos, lugares y sucesos.” Es verdaderamente una historia ó una crónica en su disposición, con algunos trozos de locución poética. Es una historia ó crónica porque observa rigurosamente el orden de los tiempos, y no es un poema porque no tiene la unidad de acción ni aun la del héroe. Comienza desde la conquista de Granada por los reyes católicos. Sigue con la sublevación ó rebelión de los moriscos, y en la intentada sujeción de es-

tos es el primer héroe el duque de Mondejar. En el canto v. entra el autor á hablar de Don Juan de Austria, á quien Felipe II determinó enviar á Granada, y aquí sin artificio alguno habla del nacimiento y crianza de Don Juan. Rufo era su cronista asalariado, y en calidad de tal no pensó en dar un giro poético á estos largos antecedentes de la acción, ó mas bien acciones de su héroe, sino que llanamente los contó para no desfigurar la historia. Bien se conoce que la cercanía de tales hechos no le daba lugar alguno á la ficción, escollo que no podía superar por la elección del asunto. No faltaron obstáculos á Don Juan para la rendición de los moriscos, pues tuvo que vencer los que le pusieron Aben-Humeya y Abenabó. Al fin quedaron derrotados estos en la batalla en que el duque de Arcos vence á los moriscos de la Serranía, mata al Meliche, muere el Habaquí, comisionado por Abenabó para tratar con Don Juan sobre los medios de reducir á los de las Alpujarras, conjurados contra aquel, y se concluye la guerra con su muerte. Aquí debiera acabar el poema; pero Rufo trató de historiar las acciones de Don Juan, y siguiendo su plan lleva á su héroe á Nápoles para que reciba el estandarte de la Liga contra Selim II, de mano del Cardenal Granvela: y en los siguientes cantos hasta el xxiv en que acaba el tratado, sigue la historia de la Liga hasta la batalla de Lepanto, la mayor hazaña de mar, como dice el historiador, de que hay memoria en los hombres. Adoptando este plan, ¿no se conoce que el autor no tuvo idea del poema épico, ó no pensó en componerlo? Si la *Austriada* carece de plan épico, no brilla tampoco en los caracteres. El duque de Mondejar, el de Arcos, el marqués de Velez, el mismo Don Juan son unos personajes casi idénticos en sus esfuerzos. Los ardides

de la guerra y de la política estan de parte de los moriscos, y el reyezuelo al otro lado del puente del Tablate exhorta á los suyos á la batalla, pintando á los españoles con colores muy feos, pero muy propios para animar á aquellos. En toda la obra apenas hay nada de maravilloso, ni mas máquina que la discordia que el demonio siembra en la armada cristiana (canto XXI), de cuyas resultas arriba esta á Cefalonia con gran confusion y peligro; y la mudanza milagrosa del viento estando las armas á vista una de otra (canto XXII). Tampoco hay episodios que distraigan de la carnicería de las batallas, sino el del moro de Terque, que tenia en Verja á su dama cautiva de los españoles: y mueve á lástima y aun á indignacion la tragedia de estos amantes, viendo que al llegar el moro habia ya traspuesto un caballero á Haja, y que cojido Zaide por los emboscados, se le hacen sufrir los tormentos del agua, los cordeles, la garrucha y el fuego, para sacarle por fin la declaracion de que se aprestaban los moriscos á asaltar á Verja escoltados de Aben-Humeya. El estilo es como propio de la historia, generalmente llano, poco ó nada poético, con algunos versos y aun octavas felices, pero seguidas de otras prosaicas. El trozo mas igual y mas enérgico, es la carta de Aben-Humeya á los del Albaizin en el canto IX. Alguna otra vez presenta buenas imágenes, como pintando el cerco de Orgiva, en el que los españoles, hasta que les socorrió el duque de Sesa:

Morian sin cesar; á cada hora
Crecian la desórden y el abuso:
Los cuerpos derribados por el suelo
Espirando gemian sin consuelo.

CANTO XIV.

Y cuando desanimados los nuestros por la matanza que hacia Abenabó, y queriendo huir, los reprende agriamente el duque; concluyendo con decirles, que no queria lo retratara pluma ó pincel por general del campo sin dejarlo muerto en el combate:

Saltado en pié furioso en esto habia
Dando con obras al decir remate:
La espada empuña, y el escudo abraza;
Bravo, cual toro, cuando sale á plaza.

CANTO XV.

Con razon alabó Padilla *el verso fácil, grave y numeroso del Monserrate* de Cristobal de Virues: y con razon dijo Baltasar de Escobar, que de cuantos poemas heroicos se habian dado á la estampa hasta su tiempo, ninguno llegaba á este en la locucion, parte no poco importante de la epopeya. En todo el contexto se observa una versificacion generalmente suelta y armoniosa, caminando casi siempre entre la gravedad del estilo que corresponde á la tragedia, y la florida belleza de la poesia lírica, y avicinándose á aquella en los asuntos serios y morales, como en las batallas, tormentas y penitencia de Garin; y á esta en los episodios tiernos ó maravillosos, como el lamento y desgracia de Lijerea y la pintura de la Casa aparecida. La invencion y disposicion del poema no igualan á la elocucion. La invencion es conocidamente poco feliz; pues su asunto es religioso, y de consiguiente poco oportuno para la epopeya, en la que se trata de excitar la admiracion por medio de la relacion de una accion grande y verdaderamente heroica, y de tal interes que cause alguna novedad de importancia en la sociedad. No importaba que el argumento fuese histórico, como el poeta hubiera sabi-

do disponerlo épicamente, pintando las cosas no precisamente como fueron, sino como pudieran ser, sin desviarse del verosímil. Bastábale al poeta la antigüedad de la acción acaecida en el siglo noveno, para que como de un periodo de la historia, con el cual no estan todos familiarizados, hubiese podido revestirla de toda la grandeza épica. Pero casi se negaba á ella el argumento. Una peregrinacion de un ermitaño caido en pecado que va á Roma á confesar su crimen; que es penitenciado del Papa Leon IV. á volver en cuatro piés á Monserrate y seguir haciendo penitencia en aquella sierra, alimentándose y viviendo en ella como fiera hasta que un niño de tres meses hable y le provea de remedio, no es seguramente una acción espléndida, excitadora de aquella admiracion que pueda mover á las almas grandes á imitarla. Tal es la acción del Monserrate, que verdaderamente concluye en el canto XIX, en que se refiere lo que habló á Garin el niño en las fiestas que su padre el conde de Barcelona celebraba por su nacimiento: y siendo la disposición del poema la que llevamos indicada, se ve tambien que su contextura es mas histórica que poética. Pero el Monserrate tiene buenos episodios; pues presenta objetos que distrayendo por un momento la atención del asunto principal, se hallan conexos con él, y le dan la variedad que necesita el lector para no cansarse de ver siempre una misma escena. Tales son la llegada de Garin á Marsella y su detencion en ella para visitar el cuerpo de la Magdalena; lo que le dió ocasion á describir bellamente los cuadros del convento en el canto VI, el episodio de Lijerea, que lamenta el cautiverio de su esposo en poder de los españoles, la pintura de su caballo y del de su hermano Abenagonte, y finalmente su muerte en los cantos X. y XI, y la Casa

aparecida en que entró Garin errando el camino de Nápoles á Roma, canto XII. Este último episodio es una máquina análoga al siglo en que se supone la acción, y no impropia del todo de aquel en que se escribió; pues aun duraba en el vulgo la creencia de los encantamientos y apariciones. No es tan verosímil el respeto que las hambrientas y coléricas fieras tienen á Garin, puesto por los Lestrígones en el torno para que les sirva de pasto; así como el maravilloso que reina en el desenlace del poema, fundado en el habla milagrosa del niño de tres meses, y en la no ménos milagrosa invención de la hija del conde, á quien creyéndola cadáver ya corroído, la hallan viva, fresquísima y hermosa, despues de mas de ocho años que llevaba en la sepultura; pues aunque estos y otros sucesos quieran salvarse atribuyéndose á Dios ó al demonio, no basta para autorizarlos una fé humana, que será la única que pueda alegarse en su apoyo. Con todos estos defectos entiendo, que atendidas las bellezas de este poema, su magnitud proporcionada, la bien sostenida versificación y la economía que reina en los episodios, habria el autor desempeñado mas que medianamente un poema épico, si hubiese escogido un asunto capaz de inflamar su ingenio; y que en medio de este gran vacío es preferible su obra á muchas otras mas celebradas y leídas.

Tal suerte ha cabido á la *Araucana* de Ercilla: poema conocido de los franceses por el elogio que mereció á uno de sus primeros poetas el discurso de Colocolo, de los italianos por la preferencia que á este mismo discurso da sobre el de Nestor en la *Iliada* el autor de las *Escuelas de literatura*, y de los ingleses por la análisis que de todo el poema hizo Hayley en las notas á su *Ensayo sobre la poesía épica*. Pero la celebridad de la *Araucana* ha dimana-

do acaso de la celebridad misma del asunto; de las circunstancias del autor, que en pieles y retazos de papel escribía de noche lo que él y sus compañeros obraban por el día; y de la poca finura ó ninguna correccion de gusto en sus contemporáneos; cuyo infundado aprecio ha llegado sancionado hasta nuestros días, á impulsos de la pereza siempre crédula y que tan dificilmente se resuelve á arros- trar el trabajo de un prolijo exámen, cuando puede descansar en la autoridad de hombres tenidos por maestros en el arte. Nosotros no podíamos acomodar- nos con este juicio tradicional, y nuestra detenida lectura ha dado por fruto las observaciones siguientes. El argumento de *la Araucana* es verdaderamente épico; pues es grande por la tenaz resistencia de los araucanos á la dominacion de los españoles, y por los esfuerzos que tuvieron que emplear unos y otros combatientes; é interesante por los obstáculos que opusieron aquéllos á los progresos de los nuestros, y que hubieran detenido ó arruinado sus conquistas, si no hubiesen quedado vencedores. No importa que sea histórico, como ya queda establecido contra el sistema de Luzan: tampoco obsta que fuese de una data reciente; pues la distancia del lugar de la escena produce el efecto de la distancia de tiempo, dejando en libertad al poeta de disponer el plan, apartándose cuando le convenga de la verdad, siempre que no pierda de vista lo verosímil. Pero si el argumento es épico, no lo es el plan del autor ni su desempeño. El poema consta de tres partes y de 37 cantos no pequeños. Con todo, el autor declara que dejó mucho y *aun lo mas principal* por escribir. No se le puede culpar de que omitiese mucho, pues lo que escribió era bastante para la admiracion. ¿Pero cómo puede disimularsele que se dejase lo mas princi-

pal? ¿Cómo puede cohonestarse la falta de arte en disponer el plan sin darle la unidad indispensable? Uno es siempre el intento de los españoles, y el de los araucanos; pero no es una la accion ni uno el héroe. En la primera parte se ve al capitán Valdivia, conquistador de Arauco, y que por su poca severidad dió lugar á que se rebelase y diese despues treinta años de fatigas á los españoles. Por muerte de Valdivia vemos á Villagran, despues á Juan de Alvarado y despues á otro Villagran. La segunda tiene por gefe á Don Garcia Hurtado de Mendoza, hijo del marques de Cañete, virey de Lima. Sigue el mismo capitaneando en parte de la tercera; pero luego se presenta Reinoso; y aquí es de advertir que el poema acaba en el canto xxxiv. con la muerte de Caupolicán; pues aunque el autor pone el consejo de los caciques para nombrar sucesor, deja para despues el discurso de Colocolo; sigue el alcance á Don Garcia hasta el lago de Valdivia: y si en el canto xxxvi se acuerda de volver á la consulta de los capitanes, lo vuelve á dejar por retumbar en sus oídos el son de la guerra que desolaba á la Europa, sin que en estos tres últimos cantos se nos diga nada de los araucanos. Sin duda por esto no faltaron en tiempo del autor quienes notasen al poema de acéfalo, esto es, sin cabeza ó gefe que en el discurso de la accion sea el héroe de ella, sobresalga, brille y domine la atencion de los lectores. ¿Y cómo podian no notarlo de prolijo? Treinta y siete cantos llenos de batallas pintadas con demasiada uniformidad, dispuestos con un plan siempre histórico, poco ó nada variados por la oportunidad de los episodios, y que comienzan siempre con cuatro ó seis octavas de un discurso moral, y concluyen con un convite al lector para el siguiente, son para cansar y aburrir al mas flemático y que mé-

nos distingue entre la poesía y la historia. Cansa no ménos no poder fijar la atención con agrado é interés en otros personajes que en los araucanos; pues los españoles, si son valientes no tienen matices que los distinguan, ni prendas que los hagan recomendables y pongan alguna graduación entre ellos: mientras que entre los araucanos nos ocupan desde el principio al fin Colocolo, Caupolican, Lautaro, Tucapel, Rengo y otros; y nos interesan sus consejos, sus emulaciones, sus ardidés y aun su causa. Defienden unos terrones secos y campos incultos y pedregosos; pero defienden con ellos sus vidas y su libertad: las defienden en campo abierto contra enemigos superiores en las armas, que con la rapidez de sus conquistas tenían consternados á sus vecinos, y las defienden resueltos á morir y á abrazarlo todo ántes que rendirse. No es culpa nuestra que el autor diese á su asunto un aspecto ó giro poco honroso á las armas y conducta de los españoles, ó que se muestre apasionado de los araucanos con grave mengua del honor nacional, eternizando con su testimonio la codicia y rapiña de nuestros soldados, y diciendo por boca de Galvarino en el canto xxiii:

Y es un color, es apariencia vana
 Querer mostrar que el principal intento
 Fue el extender la religion cristiana,
 Siendo el puro interés su fundamento:
 Su pretension de la codicia mana,
 Que todo lo demás es fingimiento;
 Pues los vemos que son más que otras gentes
 Adúlteros, ladrones é insolentes.

Lo cual concuerda enteramente con lo que el mismo *Ercilla* dice en el canto xxvi, y manifestando su opinión sobre la sencillez de los insulares del

archipiélago, y la corrupción que introdujeron entre ellos los españoles. Aquí es donde yo me admiro más del mal plan del autor. Pudiera haber contado las reñidísimas batallas entre araucanos y españoles, dando á entender al lector los estragos que causa un ejército indisciplinado capitaneado por un jefe blando y codicioso, y la suerte que aguarda por fin al valor más heroico si no va regido del arte, ó lo que es lo mismo, que el hombre en el estado de naturaleza debe ceder á la larga al hombre civilizado. Esta era la moral que arrojaba de suyo el argumento de la *Araucana*, sin necesidad de declamaciones injuriosas; pero el autor creyó que si no moralizaba no instruía: y á los bárbaros araucanos hizo héroes, y á los civilizados españoles asesinos. Lo son estos con Galvarino, á quien para ejemplar castigo le cortaron las dos manos, mientras que él

Sin torcer ceja ni arrugar la frente,
 Y con desden y menosprecio de ello,
 Alargó la cabeza y tendió el cuello
 Diciendo así: segad esa garganta
 Siempre sedienta de la sangre vuestra;
 Que no temo la muerte, ni me espanta
 Vuestra amenaza y rigurosa muestra:
 Y la importancia y pérdida no es tanta,
 Que haga falta mi cortada diestra;
 Pues quedan otras muchas esforzadas,
 Que saben gobernar bien sus espadas.

CANTO XXII.

Lo son con los caciques después de la batalla de Millarapué, camino del valle de Lincoya, obligándolos á que se ahorcasen á sí mismos por falta de verdugo, y entregando á cada uno su cordel para que se colgara de un árbol, canto xxvi. Lo son con Caupolican, que preso por la traición de

un indio ofrece á Reinoso haria establecer el cristianismo en Arauco; y que de no cumplirlo dentro de cierto plazo podrá hacerlo morir, y sin embargo lo condenan á empalarlo y asaetearlo vivo: lo bautizan con solemnidad á peticion suya, y en el mismo dia lo sacan

A padecer la muerte consentida,
 Con esperanza ya de mejor vida.
 Descalzo, destocado, á pie, desnudo
 Dos pesadas cadenas arrastrando,
 Con una sogá al cuello y grueso nudo
 De la cual el verdugo iba tirando....
 Llegó Caupolicán al tablado, y
 Por la escala subió tan desenvuelto
 Como si de prisiones fuera suelto.
 Llegóse él mismo al palo donde habia
 De ser la *atroz* sentencia ejecutada,
 Con un semblante tal que parecia
 Tener aquel terrible lance en nada....
 Pero al ver al verdugo:
 Bien que con rostro y ánimo paciente
 Las afrentas de mas habia sufrido;
 Sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
 Diciendo en alta voz de esta manera:
 Cómo ¡ qué en *cristiandad* y pecho honrado
 Cabe cosa tan fuera de medida,
 Que á un hombre como yo tan señalado
 Le dé muerte una mano así abatida?
 Basta, basta morir al mas culpado;
 Que al fin todo se paga con la vida:
 Y es usar de este término conmigo
Inhumana venganza, y no castigo.
 ¡ No hubiera alguna espada aquí de cuantas
 Contra mí se arrancaron á porfia,
 Que usada á nuestras miseras gargantas
 Cercenara de un golpe aquesta mia?

CANTO XXXIV.

Aquí vemos á un bárbaro enseñar humanidad á Reinoso: aquí admiramos la generosa indignacion con que alzando el pié, aunque impedido de las cadenas, echa rodando gran trecho y mal herido al verdugo: aquí vemos otra vez á los feroces españoles barrenarle el cuerpo, atravesándole por las entrañas un palo, sin que dé muestras de sentimiento Caupolicán, y luego asaetearle seis flecheros que á treinta pasos le iban tirando por su órden y des-pacio, y aunque ejercitados en toda maldad temblaban al despedir las flechas. Con razon dice Ercilla:

Paréceme que siento enternecido
 Al mas cruel y endurecido oyente
 De este bárbaro caso referido....

Y cuando se lisongea el autor de

Que si yo á la sazón allí estuviera,
 La cruda ejecucion se suspendiera;

no hace en esto mas que agravar la barbarie de sus compañeros, y mostrar su falta de arte en referir lo que debia callar, ó la gana de zaherir á los que miraba acaso de mal ojo.

No manifestó ménos Ercilla su poco talento para sacar partido de su asunto, no poniendo en contraste las maneras, las costumbres, la vida de los araucanos y su suelo y producciones, con las maneras y modos de vivir y guerrear de los nuestros. ¡ Qué ventajas no hubiera sacado de este plan! ¡ qué variedad, qué novedad, qué interes no habria dado al cuadro! Si autor alguno ha tenido tan buena coyuntura despues de Homero, fué sin duda Ercilla: y si la sencillez de las primeras sociedades presenta al poeta un manantial perenne de imágenes y descripciones bellisimas; sin duda desconoció

Tom. III.

11

Ercilla la riqueza de este género que lo presentaban los araucanos por vivir casi en el estado de naturaleza, ó en una sociedad que se aproximaba mucho á él. ¿Pero de qué máquina se valió el autor para hacer de su asunto una epopeya? De una sola y sumamente desgraciada: del mago Fiton y su cueva; adonde lo guia Guaticolo, que le pondera el gran saber del indio. ¿Y es verosímil que entre los araucanos se hallase un mago tan docto en la historia y geografía del mundo culto? ¿Y para qué es todo este aparato? para introducir la impertinente descripción de la cueva y sus baratijas, y ver en un gran globo de cristal lo que sabian muy bien Ercilla y sus lectores sin necesidad del hechicero; la batalla naval de Lepanto y las provincias famosas por natura y por guerras; en lo que emplea casi cinco cantos desde el xxiii al xxvii. Otra máquina de otro género es la tempestad milagrosa que cuenta en el canto xi para retraer á los araucanos de entrar en la Imperial con un grueso ejército, mandado por Caupolican; y la vision de una muger acompañada de un viejo que les dice se vuelvan á su tierra, pues Dios quiere ayudar á los cristianos y darles sobre ellos mando y poder. ¿Pero qué efecto produjo esta vision? Casi ninguno; pues pasado el invierno vuelve Marte á encender la guerra, y los araucanos condescienden con la petición de los embajadores de los pueblos vecinos que piden su auxilio por estar fija en su favor la rueda de la fortuna: y capitaneados de Lautaro vuelven sobre Penco, donde consiguen una gran victoria contra Alvarado. ¿Y qué episodios introdujo Ercilla para variar y amenizar un asunto tan sangriento, tan cansado y de tan larga duracion? Las fiestas generales que los araucanos hicieron por sus victorias, y que describe el autor en el canto x; la

navegacion de la armada del Perú á Chile y la tormenta que padecieron en la travesía de que habla en los cantos xv y xvi; la batalla de San Quintin en los dos siguientes, y las disposiciones guerreras de Felipe II. para entrar en Portugal. Estos episodios no podian nunca aliviar la atencion del lector fatigada de sangre y horrores. Hay otros en que se echa de ménos el desempeño ó el juicio del autor. La historia lastimosa de Tegalda en los cantos xx y xxi es de la misma tinta que el fondo del cuadro; y aunque no mal contada, no tiene belleza particular ni enlace necesario con la historia. Algo mejor es el episodio de Glaura, y su encuentro con su esposo Cariolan, contado en el canto xxvii: pues el remate feliz de este suceso, la honestidad y constancia de Glaura, la accion bizarra ó á lo ménos bastante humana de Ercilla en dar libertad á Cariolan, presentan una escena agradable al lector. ¿Pero qué diremos de la verdadera historia y vida de Dido contada por Ercilla á sus soldados en los cantos xxxii y xxxiii para desagraviar á aquella heroína de la nota que á su castidad puso Virgilio haciéndola perdida de amores por Eneas? ¿qué diremos del encuentro de Lauca que da ocasion á Ercilla para entrar en aquel desagravio? Deberémos decir que vale mas el anacronismo y la mentira poética de Virgilio, que toda la *Araucana* de Ercilla y su helada exactitud, y que esta se echa de ver hasta en los episodios de Tegalda, de Glaura y de Lauca, idénticos en el fondo, idénticos en el modo de introducirlos y contarlos, y aun idénticos en el designio del autor, que fué lucir sus aventuras y su humanidad, superior acaso á la de sus camaradas. El estilo de la Araucana tiene á veces energía, pero no abunda en bellezas. Las descripciones de las batallas estan hechas con fuer-

za, pero siempre con un mismo tono en el colorido. La de las fiestas generales celebradas por los araucanos y de los premios repartidos por Caupolicán á los que sobresalieron en las luchas, es acaso la mejor de todas. Los razonamientos de los españoles no son tantos como los de los araucanos, ni prueban su superioridad: y como estos contribuyen siempre á dar realce y autoridad á los personajes, degradó Ercilla á los españoles, ó ennobleció á los araucanos á expensas de aquellos. Las imágenes y comparaciones, pruebas del talento poético, manifiestan tambien la poca economía del autor; pues hay puntos en que se hallan amontonadas, cuando en una larga estension de terreno apenas se halla una sola; resultando de aquí al poema el aspecto de una historia no siempre bien rimada, sin destreza en las transiciones y amañada en los principios y fines de los cantos. Por todo esto dijo muy bien el editor de la Conquista de la Bética por Juan de la Cueva, que mirada sin preocupacion *la Araucana* está distante de merecer la estimacion en que se la tiene.

Si con esta detencion y con el fin que nos hemos propuesto, hubiese Cervantes examinado la obra de Ercilla, la *Austriada* de Juan Rufo y el *Monserate* de Cristobal de Virués, no hubiera dicho en la parte primera de *Don Quijote* cap. vi, por boca del Cura: „todos estos tres libros son los mejores que en verso heróico en lengua castellana estan escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guardanse como las mas ricas prendas de poesia que tiene España.” Ninguno de los tres libros puede competir con la *Jerusalen* del Tasso. Todos tres libros no pueden ponerse en una misma línea, sin desconocer y confundir sus diferentes prendas; pues el *Monserate* de Virués no iguala en el asun-

to á la *Araucana* de Ercilla; ni la *Austriada* de Juan Rufo llega con mucho al *Monserate* por la unidad de accion, oportunidad de los episodios é igualdad y hermosura del verso; y por fin ninguna de las tres obras es la mas rica prenda de poesia que tiene España, aun en su género, pues contienen bellezas superiores el *Bernardo* del obispo Valbuena y la *Jerusalen conquistada* de Lope de Vega.

Valbuena hizo al *Bernardo* un poema caballeresco. Este plan cuadraba con el argumento, que es la célebre victoria de Roncesvalles, en que Bernardo, general del ejército de Alfonso el Casto, venció á Roldan y demas paladines de la Francia: y aun por esto á la máquina pagana substituyó la de las hadas y encantamientos con todo el maravilloso de los romances de caballería. Valbuena se lisonjeaba de que en la ampliacion de la fábula imitó las personas mas graves de la *Iliada*: pero en mi sentir mas siguió el giro del Ariosto que el de Homero. Todo es extraordinario en el *Bernardo*; pero casi todo es romancesco. En la teología gentilica era verosímil que Aquiles fuese hijo de la diosa Tétis, y que está le hubiese dado á educar al centauro Quiron: pero encargar la hada Alcina al sábio Orontes la educacion de Bernardo, fué conformarse á la creencia que habian propagado las invenciones caballerescas. Del mismo caracter es el barco milagroso en que entra Bernardo; su llegada á bordo del Galeon, donde halla presa á Angélica; la ceremonia de ser armado caballero por el rey persiano y ceñirle la espada Angélica; su pelea con aquel para que se haga amar de Angélica su cautiva, por buenos modos ó la deje libre; y la libertad que alcanza esta arrebatada de un carro de fuego por el aire. El jardin de Morgana, los palacios de Alcina, el sátiro robador de la ninfa libertada por